Rafael Felipe Oteriño

BEBEMOS EN SOLEDAD

BEBEMOS en soledad, sin mirar a la gente, sin mirar el
lugar donde bebemos,
bebemos poblados de fantasmas que no pueden caer y
danzan,
bebemos jugos primitivos, machacados, destilados,
savias poderosas subidas de la tierra gota a gota,
gota a gota recogidas por nosotros.
bebemos de pie, con miedo:
en el fondo borroso de la copa
yace el rostro perdido en sueños cósmicos,
el rostro aventado por sueños revolucionarios,
por infinitos cataclismos, por muchas muertes,
nuestro propio rostro, plural, ampliado, viejo y nuevo
a un tiempo,
rodeado de otros rostros que giran que lo componen,
que lo integran,
que se le suman.

CUANDO TE EXIGEN QUE CAMBIES

Cuando te exigen que cambies, que mudes
la conducta dócil del corazón
por otra que sostienen frágiles normas,
acatas presuroso, obediente
a la minúscula autoridad que respetas
con escéptica soberbia.

En el fondo saber que eres inexpugnable,
señor y siervo en lo profundo
de tu reino, y que las últimas palabras,
el vuelo último,
no son alcanzados por dardos furibundos.

Sabes, desconsoladamente,
que eres tú quien enciende
tus propias lámparas.

EL CUERPO SABE

Gastado, desgastado,
pero otra vez en pie
porque la palabra aprendida
ha sido vivir,
el cuerpo sabe desde temprano oírse.

Si la señal es en la piel
el mal debe buscarse en superficie:
dedos como raíces o ramas,
manos abiertas a la negrura
en espera de ser colmadas por el día,
el péndulo buscando a ciegas su centro.

Si está en los ojos
también es pérdida fugaz:
relámpagos en el costado izquierdo,
gota que rueda en el derecho,
síntomas de que algo en el mundo cede
y no se alzan gritos de protesta.

Grave, en cambio, es oir
quejas en lo profundo, voces
que en la noche de súbito llaman:
son muecas del alma
que anticipadamente escucha la partida,
cristales del cuerpo que se desgasta inocente
y cuya última palabra es la voluntad de vivir.